

¿ES CATALUÑA UNA NACIÓN?

**Cosmopolitismo insuficiente,
nacionalismo obsoleto**

JOAN SUBIRATS

El cosmopolitismo como discurso político y social ha ido circulando por el mundo como una especie de "tercera vía" entre la rampante globalización y un nacionalismo visto como algo del pasado. Desde posiciones cosmopolitas se han denigrado los elementos étnicos, tradicionales o religiosos como algo obsoleto o reaccionario. La mención de dinámicas de autodeterminación nacional se perciben como peligrosas para la autonomía individual en un mundo que se quiere accesible de manera indiferenciada, y perturban por lo que implican de reclamación de autogobierno en un escenario cada vez más interdependiente. Por otro lado, y como decía Ulrich Beck en estas mismas páginas, algunos de los espíritus más cultivados y mejor formados se aferran a la fe en los estados-nación, y sostienen que sin ellos la posibilidad de que exista democracia es escasa. Europa se nos presentaría así como una construcción de unidad en las diferencias, no exenta de peligros tanto desde el punto de vista nacional como desde el punto de vista democrático. El debate sobre la incorporación del concepto de nación en el nuevo redactado del Estatuto de Autonomía de Cataluña debe, desde mi perspectiva, situarse en ese contexto.

Los teóricos de la democracia cosmopolita tienen razón cuando señalan la creciente multiplicidad de conexiones que existen entre las personas, y que embrionariamente permitirían hablar de sociedad civil transnacional, generando identidades múltiples y compartidas en un mismo individuo o colectividad. Pero también es cierto que necesitamos complementar la tradición liberal e individual de derechos con otros aspectos

que nos expliquen los lazos que siguen uniendo y vinculando ciertos individuos con otros, a partir de elementos (no siempre coincidentes) como la lengua, la tradición compartida, un territorio común, la religión, o la voluntad repetidamente manifestada de pertenencia. No tiene por qué ser una situación estática, ni resistente a la modernización o a la contaminación cosmopolita como a veces se argumenta. Esas ideas, valores y sentimientos compartidos, varían y se modifican, generando mixturas y ensambles muy variados, pero no por ello forzosamente disolventes. En muchos casos, como argumentó Manuel Castells, sólo desde esa identidad percibida y sentida toma significado el cambio global. La idea abstracta de sociedad no puede separarse de la realidad concreta de un territorio-nación en el que conviven personas y grupos, y en el que se desarrollan entramados de relaciones e intereses. Un sentido cívico de nación puede combinar categorías abstractas de identidad con concretas redes sociales, potenciando así la participación individual y colectiva en un mundo muchos más abierto, destrabando la comunidad.

Si volvemos al debate actual en España, la frase "una socie-

dad, una nación, un estado", tan vinculada a la idea tradicional de estado-nación, no es ni posible ni deseable. La forma convencional de estado-nación entendida como un contenedor que incorpora un sistema social completamente autosuficiente ha perdido su razón de ser en el mundo contemporáneo. Creo que Cataluña (y otras

La realidad plurinacional no debe ser percibida como un problema, sino como un valor a proteger

"naciones internas" en Europa) son más realidades que deben ser "entendidas" como naciones, que naciones-sin-estado que buscan su consecución. En España, sea por problemas de diseño normativo originales, sea por visiones rígidas, estrechas y restrictivas del sentido de "patria común", sabemos de las limitaciones del modelo autonómico para abordar y enmarcar la pluralidad nacional española y la voluntad de mayor autogobierno de algunas comunidades expresada reiteradamente en las urnas. La denominación "nación" es una nueva forma de ex-

presar ese proceso de búsqueda de mejores acomodaciones. La formación de identidades es hoy un proceso siempre abierto, que se manifiesta de diversas maneras, según los roles de cada quien y las diversas circunstancias en que se expresa. En este sentido, es más un problema de proyecto que de pasado claramente definido, basado en elementos distintivos que ayudan a imaginar esa comunidad, a hacerla viable, a ampliar su capacidad inclusiva. Es cierto que todo proceso de identidad parte de definir con mayor o menor precisión quiénes somos *nosotros* y quiénes son *ellos*. Pero lo cierto es que tenemos muchos "nosotros" y los "ellos" son cada vez más. Ese sentido de pertenencia básico y natural, que tiende a que nos reconozcamos miembros de un grupo o colectividad, y que se complementa con otros individuos que no forman parte de esa identidad asumida, es hoy mucho más compleja de ser ejercida sin contradicciones, sin la existencia de espacios transfronterizos. Mis *nosotros* no acaban en una pertenencia única. Salvo en situaciones dramáticas, todos nos encontramos inmersos en un cruce de pertenencias múltiples. Octavio Paz nos dio su versión de la "otredad". Para el poeta la aceptación

de que vida y muerte son inseparables, y se explican la una con la otra, es precisamente la mejor manera de expresar esa unidad de contrarios, sin la cual ninguno de los dos extremos tiene pleno sentido. En determinados momentos de nuestra historia, que acostumbra a ser los más frecuentes, las relaciones entre España y sus "naciones internas" se han visto marcadas por la no aceptación de esa otredad.

Hoy sabemos, con Isaiah Berlin, que no hay una sola manera de ser racional y ser moral, ni en España ni en ninguna otra parte del mundo. Y esa pluralidad debería ser respetada siempre, con más negociación y con más reconocimiento. La realidad plurinacional española no debe ser percibida como un problema molesto en nuestra democracia, sino como un valor a proteger y acomodar para hacer más fuerte e inclusiva esa misma democracia. Hay un nacionalismo populista, tanto aquí como en otras muchas partes, que pretende que la nación es algo apolítico, fuera de los debates económicos y sociales que atraviesan hoy de forma muy significativa nuestras sociedades. Necesitamos una teoría crítica de la nación (como de los estados y de la europeización) que discuta no sólo esencias, sino también las situaciones de injusticia y de desigualdad que se extienden por Europa y por el mundo. Una España y una Europa que reconozcan las diferencias no ponen en peligro su existencia, sino que renuevan, transforman y abren su proyecto en una perspectiva cosmopolita y emancipadora.

Joan Subirats es catedrático de Ciencia Política y director del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas de la UAB.

Según parece, el futuro Estatut proclamará que Cataluña es una nación. Se me escapa cuál es la idea de nación de los redactores. Incluso desde una perspectiva nacionalista, Cataluña no es una nación. En lo esencial, los nacionalistas se debaten entre dos ideas de nación: "objetiva", como un conjunto de individuos que comparten una *identidad*; "subjetiva", como voluntad, como un conjunto de individuos que creen que son una nación. Ninguna de las dos ideas resiste el análisis, pero son las que defienden los nacionalistas. Pues bien, en ninguna de las dos acepciones Cataluña es una nación.

Veamos la primera. ¿Comparten los catalanes una *identidad* distintiva? Las identidades colectivas son difícilmente precisables. La lengua no es un terreno firme. Negaría la identidad catalana a la mitad de los catalanes. La demografía es menos equívoca: el 65% de los catalanes tenemos raíces fuera de Cataluña. Los apellidos resultan muy reveladores. En la medida en que nos proporcionan una pista acerca de una identidad originaria compartida, tan española es Barcelona como Madrid o Cataluña como Castilla. Un dato: García es el apellido más común en todas las comarcas catalanas.

Esto no es ignorado por los nacionalistas. Nadie puede ignorar uno de los mayores movimientos migratorios del siglo XX, que recompuso la población catalana de modo irreversible. Por eso, porque no hay nación objetiva, han puesto acento en el otro pie, en la voluntad de ser. Pero tampoco aquí la realidad les cuadra. Ape-

nas un veintitantos por ciento de los catalanes cree que Cataluña es una nación. Y eso, en román paladino nacionalista, quiere decir que Cataluña no es una nación.

Y sin embargo, la clase política catalana reclama un nuevo marco institucional para que "Cataluña se sienta cómoda". Yo no sé muy bien cómo se siente Cataluña, pero, por lo que sabemos, los catalanes se sienten estupendamente en España. Según una investigación de hace un par de años, los catalanes estábamos entre los españoles más satisfechos con nuestra autonomía. Antes de la victoria de Maragall, sólo el 4% consideraba la reforma del Estatut como un asunto prioritario, y aún hoy, después de dos años de debate político, según una encuesta de *La Vanguardia*, a los catalanes el Estatut les preocupa bastante poco.

Estos datos confirman la ficción en la que está instalada la política catalana. Una vez más los nacionalistas se inventan la nación. No hay una realidad negada por España. Mejor dicho: la realidad negada, en nombre de Cataluña, son los catalanes. La pregunta importante es cómo es posible que la Cataluña real se parezca tan poco a la que reclama reconocimiento.

Una pregunta que debería ha-

cerse Zapatero. Hasta ahora no se la ha hecho. Su estrategia parece consistir en aceptar la Cataluña recreada por su clase política, y, en todo caso, discutir sobre dinero. Quizá piensa que las palabras importan poco.

Pero las cosas no son tan sencillas. No lo son, para los propios catalanes, porque la identidad no sale gratis. Ahí están los 233.000 euros de la celebración del 11 septiembre o los 5,06 millones de euros en subvenciones discrecionales durante el primer semestre de

¿Cómo es posible que la Cataluña real se parezca tan poco a la que reclama reconocimiento?

este año a "asociaciones patrióticas", entre ellas, 12.000 euros a la Asociación Catalana pro Senyera más Grande del Mundo. Gastos que, como siempre, exigen establecer prioridades: mientras el próximo curso miles de niños catalanes estudiarán en barracones, la Generalitat y el Ayuntamiento de Barcelona gastarán 1,5 millones de euros en un barrio de Gaza. Aunque el precio más importante es el envejecimiento de la sociedad civil

y el deterioro de los derechos, como está sucediendo con las oficinas de denuncia lingüística que animan a delatar a aquellos ciudadanos cuyos negocios flaquean en identidad lingüística. Pero ya se sabe, para el nacionalismo no hay problemas más fundamentales que los de la identidad o la política exterior y, por supuesto, Cataluña importa más que los catalanes.

Pero los símbolos también tienen un precio para todos. El debate sobre las balanzas fiscales tiene muchos matices y, fuera de sus perfiles técnicos, en donde las diferencias están claras, proliferan las confusiones y las deshonestidades, como relacionar las balanzas fiscales con el debate sobre la financiación autonómica o el obscuro recordatorio de que los niños extremeños —a falta de política exterior o identidad— tienen un ordenador a mano. Pero hay algo previo que sin los símbolos no tendría sentido: concebir los pueblos como sujetos de valoración. Se ha repetido mil veces, así que no vendrá de una más: no paga Cataluña, pagan los catalanes, y no en tanto que catalanes, sino según sus ingresos. Como los andaluces, como cualquier ciudadano. Por supuesto, esa no es toda la realidad, pero es la realidad fundamental, la que se escamotea cuando se

sostiene que "Cataluña está expoliada" o que "Cataluña debe poner límites a la solidaridad".

Estas expresiones sólo son posibles cuando la justicia entre ciudadanos se sustituye por la negociación entre pueblos. ¿Por qué nadie se pregunta por la balanza fiscal entre Gerona y el resto de Cataluña? Simplemente, se considera que Gerona forma parte de los nuestros y entre nosotros sí valen las consideraciones de justicia. Conjetura que no se ve debilitada cuando el Gobierno catalán proclama el deseo de poner límites a la "solidaridad". ¿Se imaginan que un grupo de ciudadanos estableciera un límite a lo que están dispuestos a pagar? El problema no está en "los límites", sino en la unilateralidad. Es posible que, después de un debate democrático, atendiendo a las razones de todos, lleguemos a la conclusión de que cierto sistema impositivo es injusto. Está ahí contenido el núcleo más noble de la democracia: el debate, la exposición de razones, la justicia de las decisiones entre ciudadanos. Nada que tenga que ver con él "yo sólo estoy dispuesto a dar esto, negociemos".

La mayor renuncia intelectual de nuestra izquierda ha sido sustituir el lenguaje de los derechos, la justicia y la ciudadanía por la frágil mitología de las identidades. Si únicamente se tratara de palabras, poco importaría. Pero hemos aprendido, de mala manera, que no es así.

Félix Ovejero Lucas es profesor de Ética y Economía de la Universidad de Barcelona.

El precio de las naciones

FÉLIX OVEJERO LUCAS